Corpus

Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol 1, No 2 | 2011

Julio / Diciembre 2011

De montoneros a indios: Sarmiento y la producción del *homo sacer* argentino

Diego Escolar

Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1132>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.1132

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Diego Escolar, « De montoneros a indios: Sarmiento y la producción del *homo sacer* argentino », *Corpus* [En línea], Vol 1, No 2 | 2011, Publicado el 30 diciembre 2011, consultado el 10 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1132> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.1132>

This text was automatically generated on 10 December 2020.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

De montoneros a indios: Sarmiento y la producción del homo sacer argentino

Diego Escolar

- 1 En recientes artículos de prensa en torno al 12 de octubre (hasta hace poco “Día de la Raza” y redefinido oficialmente ahora como “Día de la diversidad cultural”) el periodista argentino Mariano Grondona, el escritor Martín Caparrós y el historiador Luis Alberto Romero, entre otros, se refirieron al genocidio indígena en Argentina como tropo del relato histórico kirchnerista y apelaron a una crítica de apariencia historiográfica para cuestionar su existencia. Aún a sabiendas del contexto militante en el cual se inscriben estos planteos, me interesa partir de algunos postulados reproducidos en ellos para analizar algunos aspectos fundacionales de la producción del genocidio indígena desde y más allá de la imaginación liberal. Concretamente, la vinculación histórica entre la categoría de “indio”, las prácticas genocidas y la violencia fundadora del estado.
- 2 Destacaremos un argumento típico y otro reciente del anti-indigenismo liberal presentes en estos panfletos. El primero, el uso anacrónico del concepto de genocidio para aplicarlo al sometimiento de los indígenas en la Argentina, en especial durante la “Campana del Desierto” en el siglo XIX, dado que el término no existía en la época. El segundo, enunciado por Grondona, la criminalización de Julio Argentino Roca al contrario de la indiferencia que habría merecido la figura de Sarmiento, quien (afortunada e inexplicablemente) habría pasado inadvertida para el revisionismo K.
- 3 En los tiempos de Roca desde luego no se utilizaba el término genocidio, acuñado por el jurista polaco Raphaël Lemkin a mediados del siglo XX para tipificar criminalmente el holocausto nazi. Pero esta crítica epistemológica de anacronismo conceptual es endeble precisamente en términos epistemológicos. El propio ejercicio de la historiografía puede concebirse en la práctica como una inevitable tensión (toda vez que, en nuestra ontología, el pasado no existe en el presente sino a través de mediaciones discursivas) entre la aproximación a una imposible identidad con el espíritu de época y la proyección de modelos de pensamiento, perspectivas, categorías y deseos total o parcialmente presentes (genocidio, elites letradas, burocracia, emancipación, estado...). Más llamativa es, sin

embargo, la crítica del único historiador profesional que interviene en esta campaña de prensa, Luis Alberto Romero. Cuestionando también la extemporaneidad del uso del concepto de “genocidio” para la Campaña del Desierto, despliega crasos errores históricos cuando no evidentes anacronismos al contrastar a Roca con los aztecas (“al menos Roca no realizaba sacrificios humanos”), al hablar de “imperios aborígenes” en la Patagonia y al calificar al estado argentino durante el gobierno kirchnerista como “totalitarismo” estalinista, básicamente por la intención de sus partidarios de colocar un monumento del fallecido ex presidente.

- 4 Como propone Rancière la “provocación negacionista” no se sostiene generalmente mediante pruebas, sino que sus argumentos parecen adquirir más fuerza de convicción cuánto más inconsistentes resultan en los hechos, como lo demuestra la acumulación de intervenciones periodísticas contrarias a las demandas indígenas (Hanglin, Grondona, Caparrós) que repiten argumentos calcados de la épica militar argentina, impermeables a la crítica historiográfica seria. Ya sea invocando pergaminos como Grondona o, como Caparrós, autoridiculizándose, la propaganda antiindígena interpela a una suerte de “Doña Rosa” liberal que no se preocupa por argumentos históricos sino que eventualmente se identifica con los supuestos racistas, la épica del inmigrante, el tono iconoclasta y, en Caparrós y Hanglin, la ética de “sacarse la culpa” celebrada por el inconfundible folklore lacaniano porteño.
- 5 No es lo más difícil, efectivamente, determinar ni probar que ocurrió un genocidio, o varios, sobre pueblos indígenas de la Argentina atendiendo a las características tipológicas asociadas al término. Investigaciones serias pueden resistir exitosamente el embate de los negacionistas, sea que consideremos al genocidio como un concepto jurídico, una aberración moral y política o la descripción de un evento histórico efectivamente sucedido. Los problemas comienzan más bien cuando se pretende utilizar el concepto como una categoría general explicativa de los procesos históricos, o cuando se lo instituye como principal emblema de identificación de un colectivo social movilizado, aspectos que pasaremos a desarrollar en breve.
- 6 La segunda crítica de Grondona sobre la excesiva criminalización de Roca y aparente rehabilitación de Sarmiento es, sin embargo, parcialmente correcta. Roca ha sido mistificado como símbolo de un genocidio indígena argentino cuyos orígenes, ideólogos, ejecutores, proyección histórica y profundidad social trascienden con mucho su papel. Sarmiento ha recibido críticas en este sentido, pero no han cuajado en nada comparable a la monumentalización de Roca como genocida. Esto deriva en gran medida, sostengo, del modo en que tradicionalmente la Campaña del Desierto ha sido instituida como el evento mítico del “fin de los indios” y el mismo Roca como héroe fundador de territorio, raza y destino colectivo de la Argentina. Como todo mito en sentido antropológico, el de Roca y la “Campaña del Desierto” constituyen sin embargo matrices de representación y pensamiento colectivos que pueden ser y han sido reapropiados. Tal cual la liturgia nacional argentina reprodujo el mito de Roca, tanto los indígenas o sus simpatizantes como la izquierda en general lo ha reinvestido de significado para reivindicar demandas indígenas, articular un sentido de experiencia histórica colectivo o cuestionar relaciones de dominación y el orden político.
- 7 Pero me parece importante retomar la figura de Sarmiento para analizar la relación histórica entre la categorización indígena y la institución de un orden estatal que en su fundación soberana excluye un sector de su población del cuerpo político.

- 8 Habitualmente el estudio del genocidio indígena colocó el acento en la reconstrucción del padecimiento de las víctimas y la responsabilidad política, criminal y moral de los victimarios. Este esfuerzo tendió a fortalecer la noción de dos sociedades históricamente separadas, con lógicas diferentes, una de las cuales, la “sociedad criolla” o “los blancos” termina haciendo de la otra el objeto de un conjunto de acciones genocidas planificadas y desarrolladas por su estado, el Estado argentino. Estos usos del concepto, más que erróneos son parcialmente simplificadores de la experiencia histórica indígena (y criolla), simplificación tal vez inevitable para representar ciertos procesos, pero que dificulta la comprensión de algunos puntos clave de la institución de la relación “indios”=genocidio.
- 9 Retomaré un caso que trabajé más extensamente en un estudio previo (Escolar 2007) el cual no es incorporado generalmente en la saga negativa del genocidio indígena pero que considero fundamental para su comprensión si se lo pretende colocar, como viene proponiendo la crítica antropológica local (véase la síntesis periodística sobre la problemática del genocidio indígena en Argentina de Diana Lenton)¹ en relación a la constitución del Estado.
- 10 En 1862 luego de la derrota del ejército federal por las tropas de Buenos Aires en la Batalla de Pavón, Domingo Faustino Sarmiento fue enviado por Mitre para dirigir la intervención y represión contra los federales en las provincias de Cuyo, La Rioja y Córdoba. Después de una masiva insurrección federal sofocada cruentamente por Sarmiento, su prestigioso líder el Chacho Peñaloza es asesinado a “lanza seca”, inerme y rendido, por la partida militar enviada a capturarlo. Su cabeza es enarbolada en lo alto de una pica, exhibida junto con sus miembros descuartizados. Dijo Sarmiento a propósito del hecho:

Yo, inspirado por el sentimiento de los hombres pacíficos y honrados, aquí he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a ese inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían convencido en meses de su muerte” (Sarmiento y Mitre 1911, p. 230).
- 11 El asesinato del Chacho no fue un caso aislado sino la (provisoria) culminación de un ciclo de represión que desató el ejército de Buenos Aires para someter la resistencia federal en las provincias. Las víctimas fueron los pobladores de la campaña semiárida o “travesía” cuyana, los Llanos riojanos, sur de Córdoba, etc. a menudo calificados como “gauchos”. Este ritual de sacrificio terrorista, como muchas otras prácticas que toleró o promovió entre sus tropas (fusilamientos masivos, torturas, asesinatos y esclavización de civiles inocentes, incendio de pueblos) fueron denunciados por contemporáneos como José Hernández, Juan Bautista Alberdi y el propio Bartolomé Mitre como un crimen análogo a los que el propio Sarmiento inscribió dentro del sórdido decálogo de la “barbarie” federal como símbolos elocuentes de la negación de la civilización, la sociedad y, básicamente, lo político.
- 12 A partir de estos hechos y debido a la repercusión que tuvieron en la política nacional Sarmiento escribió un libro destinado básicamente a justificar su papel en la ejecución del Chacho y la represión de las montoneras. *El Chacho último Caudillo de la Montonera de los Llanos* (1947[1866]) es uno de los textos más importantes del autor para conocer su pensamiento político. Una especie de secuela del *Facundo*, pero en donde su voz no se sitúa como en éste extemporánea, desapegada del escenario de la acción narrativa, sino que se coloca a sí mismo como personaje cargado de responsabilidad y participe de los hechos. Es asimismo un tratado sobre el gobierno y la legitimidad de la administración de la violencia sin reglas en la producción de la soberanía del estado.

- 13 El libro vincula dos argumentos: primero, la imposibilidad de una incorporación política de las poblaciones campesinas de la campaña de las provincias interiores (y gran parte de su plebe urbana) en la ciudadanía. Segundo, el carácter esencialmente indígena de dichas poblaciones.
- 14 La masiva insurrección montonera será vista como expresión bélica de una “resistencia cultural” indígena, un “movimiento indígena campesino” (Sarmiento 1947, p. 90) explicado a su vez por el resentimiento hacia la población blanca y culta de una masa rural que obedece a un ancestral odio indígena, originado en las injusticias, masacres y expropiaciones sufridas desde la colonización española. Un pasado de despojo en el cual las poblaciones “...fueron desalojadas por los conquistadores para hacer de las tierras de labor estancias (...)” (p. 91). Esta indigenización histórica, geográfica y cultural de las montoneras y sus caudillos contrasta en forma notable con la canónica construcción del “gaucho” como sujeto popular en *Facundo*.²
- 15 Por otro lado, la caracterización indígena no explica sólo los motivos de la rebelión sino la imposibilidad de un comportamiento propiamente político (incluso en el marco de una guerra) para el procesamiento de los antagonismos. Para legitimar el asesinato y mutilación del Chacho por las fuerzas nacionales, Sarmiento había reclamado que las órdenes del presidente Mitre consideraban a la montonera como “salteadores” y no como enemigos políticos.³ Tal caracterización sólo cabría en tanto sus demandas asumieran una forma legítima y sus líderes se hubieren organizado con un programa o demanda inteligible. Escribiendo en la prensa local, Sarmiento justificaba la guerra afirmando que “no es un sistema político lo que estos bárbaros amenazan destruir. Es todo orden social, es la propiedad tan penosamente adquirida” (1947, p. 137); las montoneras son “negaciones de la sociedad misma (p. 235)”. Esto, a pesar de haber admitido que “de los prisioneros tomados, solo quince en más de ciento no tuvieron quién solicitase su libertad y los acreditase honrados, lo que probaba que eran todos gente conocida y de buena familia” (p. 81).
- 16 El carácter primordialmente indígena de las montoneras y sus bases opera en *El Chacho...* como argumento explícito de la necesidad de exclusión de parte de lo que potencialmente puede ser considerado el “pueblo” de la comunidad política.
- 17 Sarmiento plantea que los montoneros no sólo están fuera de la ley ordinaria sino también del Derecho de Gentes, antecedente jurídico del concepto de derechos humanos (1947, p. 218). La discusión desarrollada en *El Chacho...* sobre las facultades oficiales de represión se inscribió en una agenda nacional –incluyendo la propia coalición liberal gobernante–, marcada por los debates sobre los límites a la incorporación de la disidencia política en un estado republicano. En un famoso discurso en el Senado sobre el estado de sitio—con motivo de una nueva intervención de San Juan en 1869, durante la presidencia de Sarmiento—el mismo Mitre, ahora en la oposición, acusó a Sarmiento de haber asimilado las prácticas de los caudillos y violar los derechos humanos al ajusticiar al Chacho por delitos políticos, a pesar de sus ideales liberales:
- 18 El Congreso Constituyente de 1853 prohibió las ejecuciones a lanza y cuchillo (...) También existe en nuestra Constitución, como una garantía de derecho humano [énfasis propio] y un bálsamo derramado sobre antiguas y dolorosas heridas esta otra prohibición: no se matará por delitos políticos [destacado en el original] (Mitre 1869, pp. 7-8) (...) [Un mandatario] podía matar a sus enemigos políticos con sólo calificar-los de bandidos o bandoleros (1969, p. 44).

- 19 En ocasión de la famosa polémica desatada en torno a la publicación de *Campaña en el Ejército Grande* (Sarmiento 1962 [1852]), Juan Bautista Alberdi había acusado a también a Sarmiento de impulsar “La guerra militar y de exterminio contra el modo de ser de nuestras poblaciones pastoras y sus representantes naturales (1945, pp.10-11).”
- 20 La represión de las montoneras podría encuadrarse en la figura de genocidio en muchos aspectos análogo a las prácticas de la guerra contra los pueblos indígenas. Los asesinatos, torturas, reparto de personas y confinamiento de población civil; la destrucción de las bases materiales de su existencia; la producción de una excepción basada en reales o supuestas características culturales y biológicas; sobre todo, la justificación de su sometimiento a un orden soberano estatal mediante la simultánea exclusión del orden jurídico y político de ese mismo estado constitucional.
- 21 Por ello, si bien considero técnica y moralmente correcta catalogarla de genocidio, no creo que resulte del todo adecuada la concepción de la Campaña del Desierto como el “genocidio constitutivo” del Estado argentino, toda vez que sería difícil establecer, primero cuál genocidio sería más propiamente constitutivo; y luego, exigiría una justificación mayor de qué significaría el concepto “constitutivo”. En términos históricos la matanza y exclusión soberana (reducción a meros cuerpos que cualquiera puede matar sin violar la ley, desconociendo la norma constitucional vigente) de los campesinos del interior y los restos del partido federal movilizado entre 1962 y 1963 tras la batalla de Pavón, a partir del cual el estado de Buenos Aires conquista las provincias del interior y su ejército se convierte en el de la Nación, parece corresponder mejor a la noción de un genocidio “constitutivo” del estado argentino, si por ello entendemos la producción original de un orden político soberano mediante un acto de violencia fundadora. Los grupos indígenas libres del área pampeana y patagónica son conquistados con posterioridad a la secuela de conflictos más cruentos suscitados por la imposición de la regla estatal nacional en las provincias, y participaron en las campañas muchos ex montoneros y algunos jefes federales, la guerra (con genocidio incorporado) de conquista militar consolidó en todo caso el dominio y expandió el territorio de un estado ya constituido.
- 22 Pero en la tradición filosófico-política occidental “poder constitutivo” hace referencia básicamente a un concepto distinto de soberanía: la capacidad del soberano (el Rey, los convencionales, el pueblo) de suspender la propia legalidad del estado, no para consolidar un poder omnímodo para la destrucción del pueblo sino para fundar un nuevo orden político y jurídico legítimo, una nueva constitución. En la tradición democrática, especialmente la antiliberal, tal noción supone la posibilidad de trascendencia de las limitaciones formales y sistémicas a la democracia y fundar un nuevo orden sin condicionamientos impuestos por el anterior. Es esta la concepción que desde Lawson, Locke, Madison y Sieyès hasta Carl Schmitt y Walter Benjamin alimentó nociones como poder constituyente, violencia fundadora, poder fundador o dictadura soberana (Kalyvas 2008; Benjamin 1991, Schmitt 2005). La relación de este poder soberano y el estado de excepción con la posibilidad cierta y constitutiva del genocidio, es desarrollada en las últimas décadas por Giorgio Agamben (1998, 2005) vinculando básicamente una inspiración crítica en Carl Schmitt con el concepto de biopolítica tal cual lo desarrolla Michael Foucault. Para él, el estado de excepción (en cierto modo como para Benjamin el “estado de emergencia permanente”) es el *nomos* de todo estado moderno, siempre produce un tipo de *homo sacer*, grupos de personas que se transforman en mera vida desnuda, que quedan excluidas del orden legal y político del mismo estado que las

contiene y pueden ser asesinadas por cualquiera, y que pueden coincidir con una parte o toda su población. Es decir, la soberanía siempre implica en esta línea la posibilidad de que la tendencia al control de toda la esfera de la vida humana por parte del estado moderno sumada a la capacidad de suspender su propia legalidad sin violar la ley, se traduzca en el poder indiscriminado de matar sin por ello romper sus propios fundamentos legales.

- 23 Si analizamos el discurso y prácticas de Sarmiento con relación a las montoneras del Chacho es clara la relación que puede establecerse con el de Roca y otros promotores con relación a la Campaña del Desierto en cuanto al modo en que se argumenta la necesidad y posibilidad de eliminar a los indígenas o someterlos sin considerar para ellos las normas de derecho que la misma constitución sanciona, en la medida en que se trata de población que habita lo que se asume como territorio nacional (más allá de que se argumente un origen “chileno”). Pero deseo destacar que precisamente la línea que recorre ambos momentos genocidas para ser considerados legítimos, incluso legales, en el caso de Sarmiento con las montoneras y de Roca con los pueblos indígenas de la Patagonia, es la categorización indígena de los grupos exceptuados. Este es el argumento final que permite justificar ambas conquistas del interior del territorio y el espacio social estatal.
- 24 Solemos no cuestionar la calificación indígena de las poblaciones autóctonas de la Patagonia hacia finales del siglo XIX. Pero siempre fue visto como problemático o imposible calificar de indígenas a los “gauchos” o “criollos” de las provincias de antigua ocupación colonial en el centro y norte de la Argentina. La decisiva indigenización de las montoneras por parte de Sarmiento (en el momento fundador de un poder soberano estatal) nos dice que no se trata sólo de que el estado argentino o los detentores prácticos de su soberanía cometieron genocidio con los indígenas, sino que también la indigenización o reconocimiento de la indianidad de la población fue un argumento para cometer y legitimar genocidios, o “colonización interior” en el marco de un estado republicano. No se trata solamente, entonces, de que los indígenas sean o hayan sido blanco de genocidio por parte del estado, sino que lo indígena fue constituido históricamente, también, como un tropo corporizado de soberanía en el sentido negativo de excepción y poder de muerte sobre los cuerpos del propio estado moderno. La capacidad de expansión y contracción de los colectivos identificados como indígenas, o mejor dicho, la variable abarcabilidad de tal clasificación entonces, no sólo estuvo asociada en el pasado como en la actualidad a demandas emancipatorias, de derechos restitutivos y reconocimiento, sino también, históricamente, a la producción de una excepción y exclusión del orden de lo político y las garantías constitucionales, de un *homo sacer* argentino (papel en el cual Sarmiento fue uno de los principales agentes). Tal vez por eso también la “invisibilización” y ubicuidad de la identidad indígena fue también una estrategia de supervivencia para aquellos grupos o sectores capaces de ser señalados como tales, y no sólo el resultado de una ideología étnico-nacional de homogenización promovida por las elites o de políticas asimilacionistas (Escolar 2007, 2011 en prensa).
- 25 En este sentido, más allá de la justicia de las demandas por genocidio de los pueblos indígenas en Argentina y de la necesidad de refutar las campañas negacionistas, consolidar al genocidio como principal mito de refundación de identidades y pueblos indígenas actuales, o como principal demanda y símbolo de los indígenas como colectivo social movilizado entraña también el peligro de reproducir o rehabilitar su locus de excepción como respuesta estatal potencial. Pregunto si esta edificación de una subjetividad contenciosa a través de la fijación nítida de lo indígena anclada en la

experiencia del genocidio como marcador universal (lo que finalmente conceptualizaré con el horrible neologismo “genocidificación”), cuidadosamente evitada durante largos períodos por las bases sociales capaces de ser interpeladas como indígenas, puede reproducir la noción de su genocidio como matriz de la historia capaz de proyectarse teleológicamente hacia el presente y futuro, independientemente de las intenciones políticas o morales que se quieran instituir en el debate.

BIBLIOGRAPHY

- Agamben, G. (2005). *States of Exception*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*. Stanford: Stanford University Press.
- Benjamin, W. (1991) [1921]. Para una crítica de la violencia. En *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. (pp. 23-45). Madrid: Taurus.
- Botana, N. (1996). *Domingo Faustino Sarmiento: una Aventura Republicana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Escolar, D. (2007). *Los Dones étnicos de la Nación. identidades huarpe y modos de producción de soberanía estatal en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Escolar, D. (en prensa). Metáforas étnicas de la nación: el repartimiento de prisioneros indígenas en Mendoza y la teorización nativa del “criollo”. Laguarda, P. y F. Fiorucci (Eds.). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria.
- Kalyvas, A. (2008) *Democracy and the politics of the Extraordinary*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Schmitt, C. (2005) [1922]. *Political Theology*. Chicago: The University of Chicago Press.

Fuentes editas

- Alberdi, J. B. (1945) [1953]. *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires: Ediciones Estrada.
- Mitre, B. (1969). *Cuestión de San Juan. Discurso del Jeneral Bartolomé Mitre Pronunciado en el Senado el 19 de Junio de 1869 Informando de la Cuestión de San Juan*. Buenos Aires: Imprenta del Siglo.
- Sarmiento, D. F. (19639 [1845]. *Facundo*. Buenos Aires: Ed. Losada.
- Sarmiento, D. F. (1962) [1852]. *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Sarmiento, D. F. (1947) [1866]. El Chacho. Último Caudillo de la Montonera de los Llanos. En *Vidas de Fray Félix Aldao y El Chacho*, (pp. 69-236). Buenos Aires: Argos.
- Sarmiento, D. F., Mitre, B. (1911). *Sarmiento-Mitre: correspondencia, 1848-1868*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hnos.

Periódicos

- Aranda, D. (2011). “Entrevista a Diana Lenton. El Estado se construyó sobre un genocidio”. *Página 12*, 10 de octubre de 2011.

Caparrós, M. (2011). “Qué fantástica esta fiesta”. Pamplinas. Blog.elpais.com 12 de octubre de 2011.

Grondona, M. (2011). “La demonización de Roca y el olvido de Sarmiento. *La Nación*, 2 de octubre de 2011.

Romero, L. A. (2011). “Bajen a Roca, alcen a Néstor”. *La Nación*, 5 de octubre de 2011.

NOTES

1. “El Estado se construyó sobre un genocidio”. *Página 12*, 10 de octubre de 2011.
2. No sólo en aquel libro los pobladores de las campañas o “llanuras” interiores son descriptos como es-pañoles degenerados, pero radicalmente diferentes de los indígenas (en este caso pampeanos y patagónicos), sino que algunas tradiciones culturales gauchas descriptas en aquel son modificadas en *El Chacho...* para mostrarlas como indígenas. En *Facundo*, Sarmiento afirmaba por ejemplo que “En las llanuras argentinas no existe la tribu nómada; el pastor posee el suelo con títulos de propiedad; está fijo en un punto que le pertenece” (Sarmiento 1963, p. 69). Sin embargo, para explicar que “El Chacho no usó de la coerción que casi siempre los gobiernos cultos necesitan para llamar a los pueblos a la guerra” dirá que utilizó formas de lealtad que define como “la organización primitiva de la tribu nómada” (1963, p. 82).
3. Sarmiento invoca las órdenes secretas del presidente Mitre “quiero hacer en La Rioja una guerra de policía (...) declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacción (Sarmiento 1947, p. 143).

AUTHOR

DIEGO ESCOLAR

CONICET - Centro Científico y Técnico Mendoza / Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Correo electrónico: descolar@gmail.com